

Ririro.com/es te ofrece esta historia de forma gratuita. Nuestra misión es dar a todos los niños del mundo acceso gratuito a diversas historias. Las historias se pueden leer, descargar e imprimir en línea y cubren una amplia variedad de temas, incluidos animales, fantasía, ciencia, historia, diversas culturas, etc.

Comparte con otros nuestro sitio web para apoyar nuestra misión. ¡Que lo pases muy bien leyendo!



Ririro

LA IMAGINACIÓN ES MÁS IMPORTANTE QUE EL CONOCIMIENTO

Ririro

El león cobarde y el tigre hambriento

En el espléndido palacio de la Ciudad Esmeralda, que está en el centro de la tierra de hadas de Oz, hay una gran Sala del Trono, donde la Princesa Ozma, se sienta durante una hora cada día en un trono de relucientes esmeraldas y escucha los problemas de su gente, que seguro que le cuentan. Alrededor del trono de Ozma, en tales ocasiones, se agrupan todos los personajes importantes de Oz, como el Espantapájaros, Jack Cabeza de Calabaza, Tiktok el Hombre Reloj, el Hombre de Hojalata, el Mago de Oz, el Hombre Lanudo y otros famosos de los cuentos de hadas. La pequeña Dorothy suele sentarse a los pies de Ozma y agazapadas a ambos lados del trono hay dos bestias enormes conocidas como el Tigre Hambriento y el León Cobarde. Estas dos bestias son los principales guardianes de Ozma, pero como todo el mundo quiere a la hermosa princesa, nunca ha habido ningún alboroto en la gran Sala del Trono, ni nada que los guardianes pudieran hacer, salvo parecer fieros y solemnes y guardar silencio hasta que la Audiencia Real terminara y la gente se fuera a sus casas.

Por supuesto, nadie se atrevería a ser travieso mientras los enormes León y Tigre estuvieran agazapados junto al trono; pero el hecho es que la gente de Oz rara vez

es traviesa. Así que los grandes guardianes de Ozma son más ornamentales que útiles, y nadie se da cuenta de ello mejor que las propias bestias.

Un día, después de que todos habían abandonado la Sala del Trono excepto el León Cobarde y el Tigre

Hambriento, el León bostezó y le dijo a su amigo:

—Me estoy cansando de este trabajo. Nadie nos tiene miedo y nadie nos presta atención.

—Es cierto —respondió el gran Tigre, ronroneando suavemente—. Podríamos estar en las espesas selvas donde nacimos, en lugar de tratando de proteger a Ozma cuando no necesita protección. Y estoy terriblemente hambriento todo el tiempo.

—Tienes suficiente para comer, estoy seguro —dijo el León, balanceando lentamente su cola de un lado a otro.

—Lo suficiente, tal vez; pero no la clase de comida que anhelo —respondió el Tigre—. Lo que anhelo son bebés gordos. Tengo muchas ganas de comerme unos cuantos bebés gordos. Entonces, tal vez, la gente de Oz me temería y me volvería más importante.

—Cierto —coincidió el león—. Se armaría un buen alboroto si te comieras un solo bebé gordo. En cuanto a mí, mis garras son afiladas como agujas y fuertes como palancas, mientras que mis dientes son lo bastantes poderosos como para despedazar una persona en pocos segundos. Si me abalanzara sobre un hombre y lo hiciera chop suey, habría un alboroto salvaje en la Ciudad Esmeralda y la gente caería de rodillas y me pediría clemencia. Eso, en mi opinión, me daría una importancia considerable.

—¿Qué harías después de despedazar a la persona? — preguntó el Tigre somnoliento.

—Entonces rugiría tan fuerte que haría temblar la tierra y me escondería en la selva, antes de que nadie pudiera atacarme o matarme por lo que habría hecho.

—Ya veo —asintió el Tigre—, eres realmente cobarde.

—Por supuesto. Por eso me llaman el León Cobarde. Por eso siempre he sido tan manso y pacífico. Pero estoy terriblemente cansado de ser manso —añadió el León, con un suspiro—, y sería divertido armar un escándalo y mostrar a la gente la terrible bestia que soy en realidad.

El Tigre permaneció en silencio durante varios minutos, pensando profundamente mientras se lavaba lentamente la cara con la pata izquierda. Luego dijo:

—Me estoy haciendo viejo, y me gustaría comerme al menos un bebé gordo antes de morir. Supongamos que sorprendemos a esta gente de Oz y demostramos nuestro poder. ¿Qué te parece? Saldremos de aquí como de costumbre y al primer bebé que nos encontremos me lo comeré en un santiamén, y al primer hombre o mujer que te encuentres lo harás pedazos. Entonces ambos saldremos corriendo por las puertas de la ciudad y correremos a través del país y nos esconderemos en la jungla antes de que nadie pueda detenernos.

—De acuerdo, me apunto —dijo el León, bostezando de nuevo y mostrando dos filas de dientes terriblemente afilados.

El tigre se levantó y estiró su cuerpo grande y elegante.

—Vamos —dijo. El León se levantó y demostró que era el mayor de los dos, pues era casi tan grande como un caballo pequeño.

Salieron del palacio sin cruzarse con nadie. Pasaron por los hermosos jardines, junto a fuentes y macizos de hermosas flores, y no encontraron a nadie. Luego abrieron una puerta y entraron en una calle de la ciudad, sin encontrar a nadie.

—Me pregunto a qué sabrá un bebé gordo —comentó el Tigre mientras caminaban majestuosamente uno al lado del otro.

Imagino que sabrá a nuez moscada —dijo el León.

—No —dijo el Tigre—, creo que sabrá a gominolas.

Doblaron en una esquina, pero no encontraron a nadie, pues los habitantes de la Ciudad Esmeralda acostumbraban a dormir la siesta a esa hora de la tarde.

—Me pregunto en cuántos pedazos debería despedazar a una persona —dijo el León con voz pensativa.

—Sesenta estaría bien —sugirió el Tigre.

—¿Dolería eso más que partir a uno en una docena de pedazos? —preguntó el León, con un pequeño escalofrío.

—¿A quién le importa si duele o no? —gruñó el Tigre.

El León no respondió. Entraron en una calle lateral, pero no encontraron a nadie.



De pronto oyeron el llanto de un bebé.

—¡Ajá! —exclamó el Tigre—. Ahí está mi carne.

Se apresuró a doblar una esquina, seguido por el León, y se encontró con un lindo bebé gordo sentado en medio de la calle y llorando como si estuviera muy angustiado.

—¿Qué ocurre? —preguntó el Tigre, agachándose ante el bebé.

—Perdí a mi m-m-mamá —gritó el bebé.

—Pobrecito —dijo la gran bestia, acariciando suavemente la cabeza del niño con su pata—. No llores, querido, mamá no puede estar muy lejos y yo te ayudaré a encontrarla.

—Vamos —dijo el León, que se quedó quieto.

—¿A dónde? —preguntó el Tigre levantando la vista.

—Vete a comerte a tu bebé gordo.

—¡Vaya, criatura espantosa! —dijo el Tigre con reproche—; ¿quieres que me coma a una pobre criatura perdida que no sabe dónde está su madre? —y la bestia cogió al pequeño de sus fuertes y peludos brazos y trató de consolarlo meciéndolo suavemente de un lado a otro.

El león gruñó en voz baja y pareció muy decepcionado, pero en ese momento un grito llegó a sus oídos y una mujer salió corriendo de una casa a la calle. Al ver a su bebé abrazado por el monstruoso Tigre, la mujer volvió a gritar y se precipitó para rescatarlo, pero en su



precipitación se enganchó el pie en la falda y cayó de cabeza y de talón, deteniéndose con tal batacazo que vio muchas estrellas en el cielo, aunque era pleno día. Y allí se quedó, desvalida, toda enredada y sin poder moverse.

De un salto y con un rugido como un trueno, el enorme León estaba junto a ella. Con su fuerte mandíbula agarró su vestido y la levantó para ponerla en posición vertical.

—¡Pobrecita! ¿Estás herida? —le preguntó con suavidad. Jadeando, la mujer luchó por liberarse e intentó caminar, pero cojeaba mucho y volvió a caer.

—¡Mi bebé! —dijo suplicando.

—El bebé está bien; no te preocupes —respondió el León; luego añadió—. Quédate quieta, ahora, y te llevaré de vuelta a tu casa; y el Tigre Hambriento llevará a tu bebé.

El Tigre, que se había acercado con el niño en brazos, preguntó asombrado:

—¿No la vas a partir en sesenta pedazos?

—No, en sesenta pedazos no —respondió el León indignado—. No soy tan bruto como para destruir a una pobre mujer que se ha hecho daño tratando de salvar a su bebé perdido. Si eres tan feroz, cruel y sanguinario, puedes dejarme y marcharte, pues no me interesa relacionarme contigo.

—Está bien —respondió el Tigre—No soy cruel en absoluto, sólo tengo hambre. Pero pensé que tú eras cruel.

—Gracias al cielo soy respetable —dijo el León con dignidad. Entonces levantó a la mujer con mucha delicadeza y la llevó a su casa, donde la acostó en un sofá. El Tigre le siguió con el bebé, al que depositó junto a su madre. Al pequeño le gustó el Tigre Hambriento y, agarrando a la enorme bestia por ambas orejas, le besó la nariz para demostrarle que estaba agradecido y feliz.

—Muchas gracias —dijo la mujer—. He oído a menudo lo buenas bestias que son, a pesar de su poder para hacer daño a la humanidad, y ahora sé que las historias son ciertas. No creo que ninguno de los dos haya tenido nunca un mal pensamiento.

El Tigre Hambriento y el León Cobarde bajaron la cabeza y no se miraron a los ojos, pues ambos estaban avergonzados y humillados. Se alejaron sigilosamente y acecharon por las calles hasta que entraron de nuevo en el recinto del palacio, donde se retiraron a las bonitas y cómodas habitaciones que ocupaban en la parte trasera. Allí se agazaparon en silencio en sus rincones habituales para reflexionar sobre su aventura.

Al cabo de un rato, el Tigre dijo somnoliento:

—No creo que los bebés gordos sepan a gominolas. Estoy bastante seguro que tienen el sabor de las tartas de frambuesa. ¡Qué hambre tengo de bebés gordos!

El León gruñó con desdén:

—Eres un patán —dijo.

—¿Lo soy? —replicó el Tigre con desprecio—. Dime, entonces, ¿en cuántos pedazos sueles despedazar a tus víctimas, mi atrevido León?

El León, impaciente, golpeó el suelo con la cola.

—Destrozar a alguien en pedazos ensuciaría mis garras y desafilaría mis dientes —dijo—. Me alegro de no haberme despeinado hasta tarde hiriendo a esa pobre madre.

El Tigre lo miró fijamente y luego soltó un bostezo muy grande.

—Eres un cobarde —remarcó.

—Bueno —dijo el León—, es mejor ser cobarde que hacer el mal.

—Sin duda —respondió el otro—. Y eso me recuerda que estuve a punto de perder mi propia reputación. Si me hubiera comido a ese bebé gordo, ahora no sería el Tigre Hambriento. Me parece que es mejor pasar hambre que ser cruel con un niño pequeño.

Y entonces dejaron caer la cabeza sobre las patas y se durmieron.